

EN MIS HUESOS, SONRISAS DE MI MADRE

Automovilista maquinista aviador o timonel
yo voy de viaje.
Partí de mis pulmones al estómago
de la parte de atmósfera que cargo
en la mochila de la espalda
a la flora y la fauna intestinales
ahí donde se afina
en un claro de bosque mi apetito.
Antes de llegar
hice una escalada en el hígado
y tomé fotografías del paisaje amarillo de mi páncreas.
Pasé mis vacaciones en los testículos
y frecuenté los muchos museos que en ellos han nacido
sobre el arte erótico que el hombre en su historia ha generado.
Leí varios poemas escritos con una pluma fuente cargada de esperma.
Me embarqué en uno de los afluentes de la yugular
en un agua atestada por pirañas anémicas y blancas.
Supe avanzar con mi seguro remo
incluso a la mitad de una hemorragia.
Organicé un safari de microbios
para ornamentar después mi sala con sus pieles.
Y fui a visitar en medio de mi cuerpo
las prehistóricas ruinas de un apéndice.
Después de varios días de navegación en las arterias
y de bajar a la búsqueda de la fuente de la juventud en mis glándulas
arribé a mi corazón
al caballo de Troya que introduce
el tiempo en nuestro organismo.
Llegué pues a una isla donde me salieron a recibir
los nativos de las palpitaciones
el puñado de antropófagos
que se alimentan con mi carne.
No hubo entonces una célula un poro una lágrima
una gota de saliva (en que flotara aún una palabra)
que yo no visitase.
En todas partes hallé rastros conocidos.
En una de mis rodillas unos genes de mi abuela materna.
En mis huesos sonrisas de mi madre.
En mi pecho confidencias de mi tío.
En la mano que actúa consejos de mi abuelo.
Ascendí por mi columna vertebral
como un simio que subiera por un árbol
buscando el fruto humano.
Ascendí poco a poco hasta el cerebro.
¡Al fin materia gris! ¡Al fin espíritu!